

substitución de palabras y versos largos ó cortos se hallan frecuentemente en las expresadas obras, impresas en países en que no es el castellano la lengua nacional y cuyas pruebas indudablemente no fueron revisadas por el autor.

Existe manuscrita en poder de D. Eduardo de Gorostiza la pieza en cinco actos en prosa, intitulada "Emilia Galotti," respecto de cuya originalidad hubo fuertes disputas en la época de su representación en el Teatro Principal de México. Don Manuel la envió á Madrid á su hijo Don Eduardo para que la hiciera representar también en aquella corte, lo cual no tuvo efecto. Es, indudablemente, simple refundición del drama alemán de Lessing que lleva igual título, y cuyo desenlace, eminentemente trágico, es más moral aunque de mucho menor efecto en la pieza de Gorostiza.

II JUICIO DE LARRA

ACERCA DE «CONTIGO PAN Y CEBOLLA»

En la parte del "Discurso" consagrada al examen de las obras dramáticas de Gorostiza, se ha dado idea de "Indulgencia para todos," "Las costumbres de antaño" y "Contigo pan y cebolla." Antes de hablar en estos apuntamientos de las demás piezas, quiero insertar aquí las observaciones del crítico español Don Mariano José de Larra en cuanto al plan de "Contigo pan y cebolla" y al carácter de la protagonista, y exponer mi opinión acerca de ellas. "Quisiéramos—dice—equivocarnos; pero el carácter de la protagonista nos parece, por lo menos, llevado á un punto de exageración tal, que sería imposible hallar en el mundo un original siquiera que se le aproximase. Estas niñas románticas, cuya cabeza ha podido exaltar la lectura de las novelas, no reparan en clases ni en dinero; éste podrá ser un yerro; enamóranse de un hombre sin preguntarle quién es; esta es su imprudencia: si sale pobre, verdad es, nada les arredra, y en las aras del

amor sacrifican su porvenir; mas si sale rico, como ya están enamoradas, por esta sola circunstancia no se desenamorán. Por la misma razón, si han de escaparse y no tienen otro recurso, se arrojan por una ventana; mas si tienen la puerta franca, aquel paso ya no es ni medio verosímil. Esta exageración hace aparecer á Matilde loca las más veces; quiere ser el Don Quijote de las novelas. Pero acordémonos de que Cervantes para huir de la inverosimilitud que de la exageración debe resultar, hizo loco realmente y enfermo á su héroe, y una enfermedad no es un carácter. Si la comedia pedía un carácter, era preciso no haber pasado los límites de la verosimilitud, pues, pasándolos, Matilde no resulta enamorada, sino maniática; por eso en varias ocasiones parece que ella misma se burla de sus desatinos: lo mismo hubiera sucedido con Don Quijote si no nos hubiera dicho Cervantes desde el principio: miren ustedes que está loco. Peca, además, el plan por donde los más del mismo poeta; ya en otra ocasión hemos dicho que estos planes en que varios personajes fingen una intriga para escarmiento de otro, son incompletos y conspiran contra la convicción que debe ser el resultado del arte. —En Molieré y en Moratin no se enuentra un solo plan de esta especie: el poeta cómico no debe hacer hipótesis; debe ser

prender y retratar á la naturaleza tal cual es: esta comedia hubiera requerido una mujer realmente enamorada y que realmente hubiera hecho una locura como en "El Viejo y la Niña" sucede; verdad es que entonces no hubiera podido ser dichoso el desenlace, y acaso habrá huido de esto el Sr. Gorostiza: este era defecto del asunto, así como lo es también la aglomeración en horas de tantas cosas distintas, importantes y regularmente más apartadas entre sí en el discurso de la vida. Si Matilde no se ha de casar más de una vez con Eduardo: si esa vez que se ha casado no ha hecho realmente locura alguna, supuesto que Eduardo es rico, ¿de qué puede servirle el escarmiento y el ver lo que le hubiera sucedido si hubiera hecho lo que no ha hecho? A ella no nos contestarán; á los demás que ven la comedia. Tampoco responderemos, porque las que crean en novelas al pie de la letra, creerán al pie de la letra en la comedia, que es otra novela para ellas; en la novela leen que aquel que se presentó incógnito se descubre ser luego hijo de algún señorón oculto, y en la comedia se descubre ser rico luego el pobre. Se enamorarán, pues, sin cuidado, seguras de que hacia el fin de su boda se ha de descubrir la riqueza del marido, así como creían que debían salir por la ventana por decirlo las novelas."

Hasta aquí las observaciones de Larra; y entiendo que la crítica literaria ha de ir de acuerdo con ellas en cuanto se refiere á la invención y el desarrollo de una intriga en el curso de la comedia misma; pero que no le faltarian objeciones ni en cuanto á lo que dice del carácter de la protagonista, ni respecto de sus demás cargos.

Ante todo, habiendo sido la idea de Gorostiza, como indudablemente lo fué, patentizar los inconvenientes, los peligros y el ridículo á que se exponen las jóvenes que en uno de los actos más graves de la vida, cual es el casamiento, desatendiendo las inspiraciones y las reglas de la razón y la experiencia para imitar las exageraciones y extravagancias de los amantes de novela, esta comedia no requería una mujer realmente enamorada, sino una mujer realmente dominada de la manía romántica que se trata de ridiculizar y destruir. Matilde llena esta exigencia y es con sus defectos y exageraciones precisamente la mujer de que se necesitaba. Si teniendo franca la puerta se sale por la ventana, este rasgo bastaría por sí solo para pintarla y agregado á sus demás actos, da el último y más enérgico toque á su retrato. Pero, se dice, solamente un maniático se descuelga por la ventana teniendo á mano la puerta. ¿Y quién niega aquí la perturba-

ción mental de Matilde? Ella ha leído que las mujeres robadas se salen por el balcón más frecuentemente que por la puerta, y ajusta los detalles de la fuga ó raptó propios al ideal que en su enfermiza imaginación se ha forjado. Si Cervantes para huir de la inverosimilitud hizo loco y enfermó á su héroe y cuidó de decirnos que no estaba, el autor de la comedia hace maniática á su heroína, y ésta desde las primeras escenas patentiza su manía por medio de sus palabras y de sus obras. Pero, se agrega, una enfermedad no es un carácter. Prescindiendo por un momento de que los defectos ó enfermedades morales concurren activamente, en unión de las buenas cualidades, á la formación de todo carácter, se podría replicar á esto que si Don Quijote por estar loco no es "un carácter" y es, sin embargo, el protagonista interesantísimo de la primera, quizá de todas las novelas, Matilde por maniática tampoco será "un carácter," si se quiere; y es, á pesar de ello, el personaje que tenía que crear Gorostiza para su objeto; no reducido á presentar un carácter dramático, sino entendido á dar forma y vida á una manía con el fin de burlarse de ella y extirparla.

Admitida la enfermedad moral de Matilde, viene á tierra todo cargo de inverosimilitud. Los de exageración desaparecen

con sólo recordar lo que era el romanticismo y á qué extremos y ridiculeces llevaba á las personas de él dominadas, sin que ante la generación que los ha presenciado y compartido sea necesario señalar rasgos ni entrar en detalles que todos conocemos. Por poco viejo que sea el lector, ha de haber encontrado á parés en otro tiempo jóvenes muy parecidas á la protagonista de "Contigo pan y cebolla" y capaces de obrar como ella en circunstancias análogas. Por lo demás, no se desenamora Matilde de Eduardo precisamente porque resulte rico, sino porque fué bien acogido del padre de ella, y porque va á heredar un título de alguacil mayor, pareciendo esto último muy prosáico á la joven, y contrariando lo primero su inclinación á fungir de víctima de la oposición y el enojo del autor de sus días. El cargo de aglomeración en unas cuantas horas de sucesos disímolos é importantes, cae de alto abajo á la simple lectura de la pieza. La acción de ésta comienza verdaderamente en la determinación de Matilde de casarse contra la voluntad paterna: una vez tomada tal determinación, la ejecuta haciendo que el esposo la saque de su casa, se una á ella ante el sacerdote en un templo inmediato, y la lleve á habitar un cuarto en que desde el siguiente día echa menos las cosas más necesarias, y del cual la va á sacar su

padre tan luego como se ha convencido ella de que no es posible con sólo deliquios amorosos hacer puchero. No hay, pues, heterogeneidad, sino hiación de los sucesos, y todo ello pasa, ni más ni menos, en el espacio de tiempo necesario, pues para empezar á sentir los efectos del hambre, basta con que llegue la hora de la comida cuando no hay que comer.

En cuanto á la lección moral que resulta de la comedia, se podría decir que la equivocación de Larra fué aun más completa, si cabe. Matilde, repito, no se des enamoró de Eduardo precisamente por ser rico, ni volvió á quererle y se casó con él por creerle pobre: esta última circunstancia, que le hacía aparecer desgraciado, contribuyó á revivir en ella el interés hacia su pretendiente, pero no fué la causa determinante de la boda. Matilde no hizo mal en casarse, sino en proceder para ello según sus inclinaciones romanescas que la habrían llevado á un abismo de inteligencia sin lo acertado aunque casual de su elección, y sin las excelentes cualidades y hasta la intriga y la astucia de su padre y de su marido. La lección moral para ella y para las lectoras ó espectadoras de la comedia, no es ni podía ser otra que el estado de miseria y aflicción en que se hayó y, que no por haber sido en parte fingido podría olvidar jamás la protagonista, ni de

jarán de apreciar en todo su valor las jóvenes que se sientan inclinadas á imitarla. La lección es que no se puede aspirar á la felicidad desviándose del camino que señalan la razón, el deber y la ciencia de la vida. En Matilde fué aparente la desdicha; pero positivos sus efectos y eficaz, de consiguiente, la lección. En cuanto á los espectadores, ante este caso fingido comprenden la posibilidad de otros muchos ciertos, y recuerdan quizá no pocos reales y verdaderos en que, por desgracia, la vara mágica del poeta no puede ir á sacar de sus buhardillas á tantas víctimas de su propia falta de juicio.

III

TAL PARA CUAL

La idea de "Tal para cual ó las mujeres y los hombres" está condensada en estos dos versos de la escena última de su único acto:

"Y sólo se engaña el sexo
Que al otro piensa que engaña."

Don Nicasio, oficial de infantería, ha enamorado á un mismo tiempo á la Baro-

nesa; á una tía de ésta, llamada Doña Inés, y á Clara, amiga de entrambas. Ausente de Madrid el gallán, da á las tres aviso de su próximo regreso, y cada una cree ser el móvil único de su venida y el sólo objeto de sus ansias. Reúnense las tres en casa de la Baronesa, verdadera coqueta que gusta de recibir los homenajes de todos los hombres sin amar á ninguno, lo cual confiesa á su criada en estos términos:

"¿Qué quieres? siempre he tenido

La fatalidad extraña

De no querer á ninguno.

.....

Y joven, rica, agraciada,

¿En quién puedo yo emplear

Mi afecto con más ganancia

Que en mí misma?"

La Doña Clara se halla perpleja, entre D. Nicasio, á quien su corazón se inclina, y un ricacho con quien su padre quiere casarla. En cuanto á Doña Inés, parece no deber al oficial otra cosa que atenciones y zalamerías; pero, contando con bienes de fortuna y con el aplomo que dan á quien los tiene, se propone ofrecer su blanca aunque arrugada mano al joven; y tan segura está de que ha de ser admitida, que da parte de su próxima boda á su sobrina la Baronesa y á Doña Clara. Platícanse to

das ellas de sus asuntos amorosos sin nombrar al galán, lo cual no deja de ser inverosímil tratándose del sexo comunicativo por excelencia.

Un Don Juan, poeta de la legua, que ha puesto en seguidillas la historia de las Cruzadas, llega allí á animar la tertulia; y Doña Inés le pide desde luego alguna composición alusiva á su próximo casamiento. Resulta que el Don Juan tiene casi concluída una loa cuyo asunto es nada menos que el juicio de París el que adjudicó la manzana consabida, y en cuya representación la novia, es decir, Doña Inés, ha de tener á su cargo el papel de Venus, lo cual causa no poca risa á la Baronesa y á Clara.

Llega en estas Don Nicasio, creyendo hallar sola á la Baronesa, y, encontrándose con las tres, procura y logra que cada cual se aplique el sentido de sus frases. Pero el poeta ha acabado la loa; se trata de ensayarla; se acuerda por resolución de Doña Inés, que D. Nicasio haga de París adjudicando á alguna de ellas el premio de la hermosura; y, puesto el galán en tal aprieto, adjudica á la vieja rica el pero de la Ronda que hace de manzana, quedando concertada la boda de entrambos y burladas las otras dos damas, que se consuelan desde luego, afilando la Baronesa las armas de su belleza para seguir cautivando

corazones, y admitiendo Olara las propuestas matrimoniales del ricacho á quien desdefiaba mientras abrigó esperanzas de que D. Nicasio se casara con ella.

Como se ve, esta comedia es un verdadero juguete, y la tengo por la de menor mérito de todas las de Gorostiza.

IV

«EL JUGADOR.»

Carlos ama á Luisa, tutoreada del tío de él, D. Manuel Goyomeche, en quien parecen luchar el afecto á su sobrino y la inclinación amorosa á su pupila. Aspira á la felicidad de entrambos, que considera cifrada en su unión matrimonial, y procura realizar apartando á su sobrino, presunto heredero de sus bienes, del vicio del juego que le domina por completo. Pero inútiles son los consejos y la generosidad del tío, que paga las deudas de Carlos cuidando de su buen nombre; é ineficaces las gracias y el cariño de Luisa, en relaciones amorosas con el joven y dispuesta á darle su mano. Carlos, en uno de sus repetidos cuanto estériles raptos de arrepentimiento, protesta retirarse del juego y se dispone á arreglar sus costumbres y á casarse con

Luisa. Esta le ha regalado su propio retrato en un marco guarnecido de diamantes: el notario está ya citado para extender el acta de casamiento, y á la hora fijada se reúne con Luisa y el tutor: todo está ya listo; pero el novio no parece porque, inducido por su propio criado que se interesa en la continuación de sus desórdenes, y por alguno de sus compañeros de garito, se ha ido á jugar nuevamente nada menos que el préstamo de un usurero sobre el retrato de Luisa. Sabedot el usurero de que Carlos acaba de estar de vena en el juego, se presenta á recoger sus fondos, devolviendo el retrato, que es rescatado por D. Manuel; y convencidos éste y Luisa con tal rasgo, de que Carlos no tiene remedio, acaban por casarse, dejándole así desengañado y castigado.

Tal es el asunto de la comedia, de escaso interés en sí misma, y cuya acción, poco animada de suyo, se desarrolla trabajosamente después de una exposición larga y cansada en que campean los requiebros y reyertas del criado de Carlos y de la criada de Luisa, enamorados uno de otra á semejanza de sus amos, según es de regla. Los caracteres fuera del del jugador, adolecen de debilidad. El tío, enamorado á medias de su pupila, es cierto que aparece casi siempre dispuesto á sacrificar su propia felicidad ante la de su so-

brino; mas, por otra parte, no parece costarle mucho el sacrificio. Luisa no puede estar muy apasionada de Carlos, puesto que las primeras indicaciones amorosas de su tutor en vez de alarmarla ó causarle enojo, la halagan, quizá por el convencimiento de que no ha de ser feliz con Carlos, y partiendo, acaso, del principio de que un marido no es de desperdiciarse aunque no sea á la medida del gusto. En cuanto al jugador mismo, no se muestra muy afectado del desenlace, que le halla tan tibio como los preparativos de su boda. Como si el arte no hubiera sabido suplir la inspiración—lo cual es, efectivamente, difícil y raro—la versificación es también en lo general, floja y arrastradita, no obstante que suelen salpicarla los chistes y sentencias de que jamás carecía el autor.

Hay movimiento y gracia en la escena quinta del último acto. D. Manuel y Luisa aguardan á Carlos, que se halla en el garito, cuando se les presenta el usurero Simeón, que va á recoger el dinero que prestó al novio sobre el retrato de Luisa. El criado de Carlos, para cohonestar la desaparición ó ausencia de éste en momentos tan solemnes, tenía dicho al tutor y á la pupila que su amo había ido á retratarse para obsequiar, con su imagen á la novia, y como el usurero, interrogado por D. Ma-

nuel acerca del motivo de su visita, algo habla de retrato, el tío cree equivocadamente que el citado usurero es pintor, y que el retrato que dice llevar consigo, es el de Carlos. Resulta de este "quid pro quo" que, deseoso D. Manuel de disculpar la intempestiva ausencia del sobrino y de rehabilitarle á los ojos de la pupila, se hace del retrato ofreciendo pagar á Simeón la suma de dinero que por su entrega exige, y le presenta como un obsequio á Luisa, quien se va de espaldas al descubrirle y ver que es nada menos que el suyo, con lo cual tutor y pupila comprenden á un tiempo la infame conducta de Carlos y resuelven unirse mutuamente.

La escena última encierra la moral de la comedia. Carlos al verse sin novia y desheredado de su tío, dice á su cómplice é instigador Jacinto:

"Ven, consejero maldito,
Ven á contemplar el fruto
De un consejo disoluto
Y de mi vuelta al garito.

Por tí perdí en este día
Novia, hacienda, honor, sosiego.

JACINTO.— Pero, si te queda el juego,
Lo demás es soberfía.

CARLOS.— Por tí, en fin, quedo arruinado.

JACINTO.— Pero, señor Don Manuel,
Para conducta tan cruel

Carlos qué causa os ha dado?
Diréis que jugó: es verdad
Que jugó; nadie lo niega;
Mas ¿quién es el que no juega
En nuestra actual sociedad?

MANUEL.— Si juega por recreación
Como noble y caballero,
Puede á costa del dinero
Encontrar su diversión.
Quizá muy fácil le fuera
Y mucho más conveniente
Otra hallar más inocente
Y que menos le expusiera.
Sin embargo, siempre tiene
En el uso la disculpa;
Y, al fin, bien haya la culpa
Que en sí el castigo contiene!
Pero aquel necio que hollando
Los más sagrados deberes,
En pos de infames placeres
Para su vida jugando;
El que vive de engañar,
El que su familia olvida,
El que no piensa ni cuida
Sino en deber y tramear;
En fin, el que á todo precio
Juega, pierde y se envilece,
Don Jacinto, no merece
Compasión, sino desprecio."

Al terminar la escena y la pieza, se cambian entre ambos viciosos las siguientes palabras:

JACINTO.— Y, en fin, por punto final,
A nadie le falta, hermano,
Un hospicio si está sano,
Y si enfermo un hospital.

CARLOS.— ¡Ay, Jacinto! con dolor
Ahora mismo llego á ver
Que has pintado sin querer
La vida de un jugador.

Hasta aquí las noticias y el juicio que acerca de esta pieza y únicamente en virtud de su lectura, pues nunca la he visto representar, había yo apuntado con pleno conocimiento de que me apartaba de lo que generalmente se piensa y se dice del "Jugador." Tentado víme, sin embargo, de omitir la publicación de unas y otro al hallar opinión enteramente contraria en el señor Altamirano, cuyos conocimientos y gusto literario respeto: en expresión de este crítico, el "Jugador" es la obra magistral de Gorostiza por su originalidad y por su forma, y apoya su aserto con razones y observaciones en que campean la elocuencia y el brillo que le reconocemos todos. Pero reflexioné que no podía excusarme de dar á conocer mi propio juicio, y que si soy sincero en su enunciación, se me perdonará lo que tenga de errado, en gracia del temor que yo mismo abrigo ya de que lo sea; pues, si bien no comparto el entusiasmo que esta comedia inspira al ex-

presado escritor, sus racionios y el favor público de que ella ha gozado en su época, persuaden de un mérito no siempre comprensible á la simple lectura, si se hace en disposición de ánimo no adecuada al asunto.

V

«DON DIEGUITO»

Es pieza muy divertida, llena de situaciones y diálogos verdaderamente cómicos, y bien versificada. Hay en ella mucho de la facilidad y fluidez de "Las costumbres de antaño," y, como ésta, pertenece al género ligero en apariencia y no poco profundo en realidad, que después de Gorostiza cultivó Bretón de los Herrenos.

Don Dieguito, hidalgo de la montaña, es enviado á Madrid á pulirse y hacer carrera, por su tío Don Anselmo, que le ve como á hijo y piensa instituirle heredero suyo. Semejante atractivo compensa suficientemente su aire paúlurdo y su innata necedad á los ojos de Adelaída, á quien él corteja, y que es joven de las que quieren casarse á todo trance y cuyos padres no dejan perder la ocasión de atrapar un buen yerno. No sólo es de los parientes de Ade-

Adelaida bien acogido. Don Dieguito como pretendiente, sino que le traen á vivir á su propia casa arrendándole parte de las habitaciones, sin duda para que la mosca quede mejor asegurada en la telaraña. Otro de los ardides empleados consiste en lisonjear á todo trance la vanidad del joven que, en expresión de todos los de la familia, es un modelo de belleza varonil, de elegancia en su traje y modales, y de viveza y de más buenas dotes intelectuales, celebrando como sentencias de Séneca todas sus sandeces; en lo cual ayuda á Adelaida y á sus padres D. Cleto y Doña María, un amigo íntimo llamado D. Simplicio, que no parece serlo en materia de su propio interés, puesto que vive de verdadero parásito en la casa y se propone serlo también de la nueva familia que se forme con el casamiento de Diego. Asunto es este ya tan adelantado, que Don Anselmo llega á Madrid llamado por su sobrino, nada menos que á apadrinar la boda; siendo, naturalmente, alojado en la casa misma de los presuntos suegros en que vive su pariente y favorecido.

A las pocas frases cambiadas con éste, comprende el zorro montañés qué clase de alhajas prepara á D. Dieguito para esposa y suegros su propia necesidad; y aunque con buenas razones trata de abrirle los ojos, no lo consigue por lo infatuado y ter-

co del mancebo, que de buena fe se juzga lleno de mérito. Ocúrrase entonces al tio lo que con gentes de tal condición y calibre no hay mejores razones que las obras, éon inmediatamente forma y comienza á poner en práctica su plan, que consiste en aparecer prendado de la belleza y discreción de Adelaida, alabando el buen gusto de su sobrino y mostrándose codicioso de la felicidad doméstica de que va á disfrutar con Dieguito, y decidido á casarse él mismo tan luego como encuentre "otra Adelaida," siempre que ella apechugue con sus muchas navidades y su recorte provincial.

Tal es su primera estocada á fondo, y así que da ya muy cerca del corazón, al presenciar siendo la herencia del viejo el primero y el único atractivo del mancebo, desde el momento en que aquel se muestra resuelto á casarse luego que halle novia que le con venga, desaparece la seguridad de tal herencia, y el partido que hasta allí era magnífico, es ya verdaderamente malo. Los primeros efectos del plan se hacen sentir en el cambio de los padres de Adelaida hacia Dieguito, á quien desprecian y maltratan sin tón ni són y en la proporción misma en que antes le adulaban. Locos se vuelven él y la novia de no poder explicar se tal cambio; pero á poco entra ella en el secreto y en los temores de sus padres, y unas cuantas equívocas ternezas del Don

Anselmo, le hacen comprender la supuesta afición del viejo, y las ventajas que para ella misma resultarían de dar su mano al tío y no al sobrino, cuyo chasco y derrota quedan resueltos.

Todo esto ha pasado en el breve transcurso de un día y una noche. A la mañana siguiente, se supone que llega el notario, llamado desde la vispera á extender el contrato matrimonial de Dieguito y Adelaida, en cuya celebración se empeña, neciamente al parecer, el tío, deseoso de no demorar la felicidad de entrambos jóvenes; no obstante que la novia y sus padres no hallan cómo aplazar el acto desde que han puesto la mira en el tío mismo y resuelto dar calabazas al sobrino. Tras una escena, verdaderamente cómica por cierto, en que D. Anselmo suspira y refiere sus inquietudes é insomnio de la noche, y la madre de Adelaida no pierde ripio á fin de hacerle entender que ésta se ha enamorado de él, exige el tío y consigue que la joven misma lo declare con absoluta precisión y claridad; y al saberse amado se vuelve celoso é intransigente, y quiere que su sobrino sea despedido de la casa en aquel punto mismo, antes de sus propios desposorios. Dura y difícil es la cosa, pero urgentísima, la víbora de la novia, ayudada de sus gentes, armá camorra á D. Dieguito, se da por insultada de él y le echa ignominiosa-

mente de la casa. Mas cuando parece que todo está allanado y que nada se opone ya al casamiento de Adelaida con Don Anselmo, éste se presenta con aire consternado anunciando la necesidad de ausentarse de Madrid en el acto, con motivo de un gran quebranto en sus intereses mercantiles; quebranto que se le anuncia en carta que acaba de recibir de alguno de sus correspondientes. La ausencia puede ser larga ó eterna y es, cuando menos, indefinida. Adelaida y sus padres comprenden que el casamiento se ha vuelto humo y que obraron desacordadamente rompiendo con el sobrino, á quien no pueden pescar de nuevo. He aquí para muestra de los caracteres y de la versificación, que es fluida y chispeante, toda la escena novena y parte de la décima en el último acto. Los personajes son ya conocidos del lector, excepto Simón, criado de D. Anselmo:

- D. ANS.— ¡Qué fracaso!
 Da. MAR.— ¡Otro susto!
 D. ANS.— ¡Qué desdicha!
 ¡Qué golpe tan impensado!
 Da. MAR.— Pero, hombre...
 D. ANS.— Frustrarse así
 Mis esperanzas, conatos
 Y deseos! Tener ahora,
 A pesar de mi cansancio,
 Que emprender otro viaje,

- Y vuelta á los malos pasos
 Y á las mesoneras puercas,
 Y al arroz y al bacalao
 Y á las chinchas... ¡vaya! Es cosa
 De darse un pistoletazo.
- ADEL.— Don Anselmo de mi vida,
 ¿Qué dice usted?
- Da. MAR.— Explicaos.
- D. CLE.— Sin duda algún contratiempo.
- D. ANS.— Sí, señor. (A Simón). Marcha vo-
 lando
 Y llévate las maletas
 Al mesón.
- Da. MAR.— ¡Al mesón!
- D. DIEG.— ¡Bravo!
- D. ANS.— (á doña María).
 Sí mi señora: al mesón
 De los Huevos. Ten cuidado
 (A Simón).
 Con las alforjas; que vayan,
 Ya que en cuaresma no estamos,
 Bien provistas....
- ADEL.— Luego usted....
- D. ANS.— Compra tocino, garbanzos,
 Chocolate, salchichón,
 Y, en fin, todo, porque al cabo
 No hemos de encontrar ni alpiste
 En pasando del portazgo.
- Da. MAR.— Por la inmaculada Virgen...
- D. ANS.— Y no te dejes el saco
 De la ropa sucia.
- SIMON.— Bien;
 Pero después que dejado

- Quede todo en el mesón,
 ¿He de volver á buscaros?
- D. ANS.— Nó por cierto, que yo iré
 Sin perderme, preguntando.
- SIMON.— Pues por mí no ha de quedar.
- D. ANS.— Oye, que te ayude Pablo.
- Da. MAR.— Según eso, se va usted.
- D. ANS.— Ahora mismo.
- Da. MAR.— Pero ¿acaso
 Urge tanto ese viaje?
- D. ANS.— ¡Ay, señoras! urge tanto,
 Que un minuto, un sólo instante
 Me pierde, desperdiciado.
- D. CLE.— ¿Iréis entonces en posta?
- D. ANS.— Me voy con el maragato
 Que es la posta de mi tierra.
- Da. MAR.— ¿Y el proyecto concertado?
- ADEL.— ¿Y mi boda?
- D. ANS.— Impracticable.
- Da. MAR.— ¿Cómo?
- D. ANS.— Si estoy arruinado.
- ADEL.— ¡Arruinado!
- D. ANS.— Sí, señora.
- Da. MAR.— ¡Tan pronto!
- D. ANS.— Un cálculo falso....
 Un error.... ¿Qué quiere usted?
 Yo no puedo remediarlo....
 Mi corresponsal....
- D. CLE.— ¿Quebró?
 ¿Deja concurso?
- D. ANS.— Nó.
- D. CLE.— Malo.
- Da. MAR.— ¿Se fugó?

ADEL.— ¿Murio?
 D. SIM.— ¿Cegó?
 D. ANS.— Tampoco, pero me ha dado
 Una terrible noticia.
 Sepan ustedes que un barco
 Que esperaba de mi cuenta
 Desde Veracruz, cargado
 De :oconusco, llegó
 ¡Oh, qué desgracia! averiado,
 Y sólo con guayaquil
 A Santander... Es un chasco...
 Figúrese usted, Don Cleto,
 De guayaquil.

D. CLE.— Desgraciado
 Suceso; mas me parece
 Que no es tan desesperado,
 Porque...

D. ANS.— ¡Ay, amigo! Se conoce
 Que no entendéis de cacao.

D. CLE.— Tanto siempre el que me envía
 Torroba y...

D. ANS.— ¡Vaya! es petardo
 Sin ejemplo; pero yo
 Pondré remedio; me marcho
 Esta tarde, llego el lunes
 Y entonces!...

ADEL.— ¿Será muy largo
 Este asunto?

D. ANS.— Largo nó.
 ¿Qué puede tardar? ¿Dos años?
 Cuanto escribo á Veracruz,
 Me responden, y si acaso
 No convenimos, se vuelve

A escribir, y contestado
 Que sea, se pone el pleito
 Y después....

ADEL.— Nunca me caso,
 Ya está visto.

ANS.— Este maldito
 Contratiempo ha trastornado
 Todos mis proyectos; pero
 Dieguito está enamorado
 De usted, y así, cumplirá
 Por mí.

D. DIEG.— ¡Yo!
 D. ANS.— ¿Por qué no?
 D. DIEG.— Vamos.

Usted se burla de mí,
 D. ANS.— Acela da te ha estimado
 Siempre, su padre te adora,
 Su madre te aprecio tanto,
 Y Simplicio....

D. DIEG.— ¿Quiere usted
 Que veamos si tengo macho
 Que me leve?

D. ANS.— ¿Pues te vienes
 Conmigo?

D. DIEG.— Sí, tío, y no paro
 De correr hasta que llegue
 A Santander.

ADEL.— Pero, amado
 Don Dieguito....

Da. MAR.— Yerno mío....
 D. CLE.— Señor....
 D. SIM.— Amigo estimado....

D. DIEG.— No hay que cansarse, porque
 Ya conozco lo que valgo
 Y lo que valen ustedes:
 Mi partido está tomado;
 A la montaña me vuelvo;
 No más ciudad, no más vanos
 Cumplimientos ni lisonjas;
 No más amor cortesano.
 Una pasiega rolliza
 Que me estime y hable claro,
 Una mujer que se case
 Conmigo y no con el gato
 De Don Anselmo, una buena
 Madre de mis hijos, trato
 De buscar; cuando la encuentre
 Mi corazón, esta mano
 La daré, del mismo modo
 Que, alegre y desengañado,
 Agradezco á ustedes todos
 La lección con que me honraron.

En la escena III del acto IV (que es una de las mejores de la pieza) hay este diálogo de D. Anselmo con la hija y la madre, que tratan de convencerle de su propio mérito y de la inclinación que le tiene Adelaida:

D. ANS. (á Doña María). Mas siempre
 Confiese usted que un amante
 Con peluca hace muy bien,
 Por si acaso, en no confiarse.
 Yo la tengo, á pesar mío,

Y además, sin adularme,
 Tengo mis buenas arrugas
 Y mis sendos aifafes,
 Y mi tos y mi ronquera,
 Lo que es ¡ay! inseparable
 De la edad; pero también
 Lo que es harto repugnante
 Para el amor; así, amiga,
 No se queje usted ni extrañe
 Si yo.....

Da. MAR.— Y no dice usted nada
 De sus prendas relevantes,
 De su mérito, experiencia
 Y.....

D. ANS.— Sí, tengo bastante
 Experiencia, no lo niego;
 Pero ella misma es quien me hace
 Incrédulo, pues se adquiere
 A costa de navidades.
 Luego, Dieguito es un joven....

ADEL.— Demasiado.

D. ANS.— Es elegante.

ADEL.— Un hombre es mucho mejor
 Para marido.

D. ANS.— Tiene aire
 Cortesano....

ADEL.— Sí tendrá;
 Pero al cabo siempre es aire.

D. ANS.— Versifica....

ADEL.— No me gusta
 Andar tras los consonantes.

D. ANSEL.— Baila....

ADEL.— Talento pedestre.